

Comentario de Alberto Cabral

ALBERTO CABRAL¹

Agradezco a los colegas de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* la oportunidad de comentar este atractivo texto de Mariano. Es el texto de un amigo próximo: una proximidad paradójica, que se sostiene pese a la distancia geográfica que nos separa y a la distancia temporal que suele mediar nuestros encuentros, variados también en sus formas (presenciales, telefónicos, por mails). Es una proximidad, por eso, de una textura distinta a la convencional: urdida en torno a lecturas, referencias, inquietudes..., pero también aversiones compartidas, de algunas de las cuales el texto da cuenta. Imagino este comentario como uno más en nuestra serie de encuentros.

Es un texto ágil, provocativo, con ese estilo que aúna lo coloquial con lo profundo, que a esta altura es una marca registrada de Mariano. Por momentos adopta un tono intimista, que le permite compartir con el lector las vicisitudes de sus comienzos como analista, el lugar productivo de extranjería que fue haciendo suyo tanto en su inserción institucional como en su ubicación frente a los legados transferenciales en que se reconoce..., pero también frente a sí mismo: «Me interesa pensar contra mí mismo, contra las propias certezas», nos dice.

Me interesa y me voy a detener en particular en esta posición —en otro lugar la denominé «desapego identificatorio»— que supongo en el fundamento de esa extranjería multifacética que habita Mariano, que le permite, por ejemplo, operar como un analista convencido de la importancia de nuestras instituciones, comprometido con ellas..., pero sorteando a la vez el riesgo de convertirse en un analista «institucionalizado».

Es una posición que, en el extremo, lo lleva a decirnos: «Hoy me gustaría pensar más allá de Freud y los grandes teóricos que lo siguieron. Me gustaría componer textos donde no haya una sola cita freudiana ni lacaniana, aunque cada frase que pueda escribir presuponga esas lecturas». Es claro que sería un forzamiento para con el anhelo de Mariano intentar torpemente «traducirlo» a algunas de las fórmulas *sloganizadas* de las que él intenta desprenderse. Podríamos evocar, por supuesto, al Freud de la Acrópolis; a ese padre lacaniano del que se puede prescindir, pero a condición de haberse servido de él; al sutil itinerario que nos puede llevar del Nombre del Padre a la subjetivación del

¹ Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina. accabral@intramed.net

Padre del Nombre..., pero, insisto, se trataría de intentos de verter vino nuevo en odres viejos.

Elijo por eso inscribir el gesto de Mariano evocando a Kazimir Malevich, fundador del suprematismo y habitante de ese «tiempo mesiánico» que W. Benjamin – otra referencia que nos aproxima– entrevió en un lejano *octubre*. Más precisamente, a una de sus obras, presente en la exposición de la Fundación Proa, en Buenos Aires, hace pocos años. Se trata de una reproducción del rostro de la Gioconda formalmente impecable, casi indistinguible del original..., pero tachada por dos trazos de un rojo (¿acaso el color podría ser otro, en esa época?) intenso. No es por el camino de ignorar, sino, por el contrario, manejando con destreza los secretos de la vieja pintura, que se podría romper con la repetición nostálgica de un virtuosismo estetizante que para el pintor soviético restringía –en ese momento de alumbramientos– el surgimiento de lo nuevo.

Mi impresión es que uno de los dardos que nos lanza Mariano apunta en esta dirección. ¿Estaremos en condiciones de «tachar» en nuestros desarrollos las referencias reverenciales a nuestros maestros para alojar el clamor (esto es, las demandas) de nuestra época, que ya no es la de ellos? En la respuesta a este interrogante se juega la posibilidad cierta de convertirnos en analistas contemporáneos: interpelados por (no sometidos ni complacientes a) las nuevas demandas o –por el contrario– seducidos por una repetición que nos prive de erigirnos en interlocutores de la época. Como lo fueron, cada uno a su modo, Freud, Winnicott, Lacan... y también nuestros pioneros rioplatenses. La mejor manera de ser como ellos... es no imitarlos, parece decirnos Mariano, retomando la antorcha de Malevich.

Una pequeña observación. ¿Esperamos del analista que se *identifique* con ese «resto» excluido que habita el lugar de «desecho», y que pueden ocupar alternativamente «una mujer, el negro, lo *queer*, el indígena, el judío, el palestino»? ¿O apostamos en cambio a *alojar*, en el deseo que sostiene nuestra práctica, a quienes ocupan el lugar de los segregados de la época? Mi impresión es que la identificación con la víctima corre el riesgo de convalidar la posición victimizada que, en ocasiones, otorga consistencia en estos sujetos a una cristalización identitaria, con el consiguiente rédito de goce.

Quiero terminar este comentario en el mismo punto en el que Mariano concluye su texto: con una referencia al rico relato rabínico que toma prestado de Vidal-Naquet. La elección de la fuente tampoco es azarosa: es que Vidal-Naquet encarnó también, en su vida pública, esta posición de extranjería. Se crió en una familia francesa judía, pero ante todo laica y republicana. Fue combatiente [*maquis*] durante la ocupación alemana,

después de la Guerra devino activo opositor a la intervención de su país en Argelia y, posteriormente, a las estadounidenses en Vietnam, Irak y Afganistán, así como crítico implacable de las políticas del Estado israelí con los palestinos.

Pero volvamos a su relato. Nos presenta una figura de Dios que parece contar cada vez con menos adeptos. Una figura curiosa: porque va de suyo que cuando el malvado persigue al justo, Dios esté del lado del perseguido. Podemos entender, con un poco más de esfuerzo, que cuando el malvado persigue al malvado, a Dios no le dé lo mismo, y esté también del lado del perseguido. Y que en esa misma línea, cuando el justo persigue al justo, esté también del lado del perseguido.

Pero lo que sacude nuestra modorra moral y hasta puede resultar chocante, es que cuando el justo persigue al malvado..., ¡este Dios sorprenda colocándose del lado del malvado! Se trata, indudablemente, de un Dios que ejercita su potencia para acotar los desbordes de goce que habitan toda persecución. Y que no se deja engañar por racionalizaciones que –invocando los más «justos» motivos– pueden encubrir las más feroces cazas de brujas.